

La tía Angélica

La primera vez que la tía Angélica murió fue para el carnaval del 87. Estábamos en San Bernardo, tomando mate en la vereda y esperando que pase el corso. Ella había avisado: “Si no vamos a Mar del plata para ver la murga, me muero”. Dicho y hecho. A las ocho menos cuarto del 24 de febrero escuchamos un golpe fuerte en la cocina y el aullido de Trafal, el perro negro que estaba siempre con ella.

El tío Chiche salió disparado hacia adentro, los demás nos quedamos quietos.

–¡Angélica!, ¡Angélica!, ¡Reacciona, mi corazón!

La voz del tío estaba rota. El abuelo Oscar fue el primero en ir a ver qué pasaba. Atrás corrió la familia entera.

La tía Angélica había desparramado todos sus kilos en los mosaicos verdes. Tenía la boca abierta, los ojos blancos. Trafal le empujaba la mano con la trompa, pero ella no le hacía caso. Estaba inerte.

–Saquen a los chicos. Nilda, andá a buscar al doctor Nashiro. Adrianita, traé perfume. ¿Tenemos botiquín? Chiche, hacele respiración boca a boca.

El abuelo Oscar hablaba apurado y movía los brazos con gestos firmes. Nadie se negaba a hacerle caso.

Desde afuera no se entendía lo que pasaba adentro de la casa. El ruido de una silla que se arrastraba en el piso, susurros, el agua de la canilla corriendo sobre los platos del mediodía, silencio... todo era incertidumbre. Hasta que la voz del abuelo dictaminó:

–Está muerta.

Esa fue la primera vez que se murió la tía y mi primer encuentro con la muerte. ¿Cómo era posible? Si hasta hacía un ratito había cantado canciones españolas, si en la

playa esa mañana me había prometido enseñarme a amasar pizza. ¿Cómo seguirían las vacaciones? ¿Cómo iba a hacer el tío para...?

Llegó el doctor Nashiro. Medio San Bernardo se había reunido en nuestra vereda para contar lo que había charlado el día anterior con Angélica, llorar exageradamente, espiar la decoración de la casa, hablar de la amistad profunda, del ser o no ser nada. Medio San Bernardo se había reunido para el papelón.

–No está muerta –el doctor Nashiro se puso muy serio–. Ni siquiera está desmayada. Angelica, no nos tome el pelo. Usted está en perfectas condiciones.

Pobre tía. No la habían querido llevar a Mar del Plata a ver la murga. Estaba muerta, de algún modo, pero los médicos son tan estrictos....

No hubo caso. Insistieron hasta que la convencieron de volver. El doctor Nashiro trajo un aparato que le conectaron a las manos y las piernas.

–Es una descarga chiquita, va a reaccionar-el doctor le guiñó un ojo al abuelo.

Después de ese episodio retomó la vida con el espíritu renovado. “Volví a nacer”, decía mientras se pintaba los labios de fucsia. “No me agarran más los carnavales en San Bernardo”. Y a partir de ese día hizo todo lo que quiso. Vivió cada momento como si fuera el último. Disfrutando de detalles simples, como si todo el sentido se encontrara en los instantes. Y cuando algo no le gustaba, volvía a morir.

Murió en la cola de un banco, cuando después de esperar dos horas anunciaron que tendría que irse sin hacer el trámite porque se había caído el sistema; murió cuando aumentó el pollo; cuando la abuela Nilda le robó la receta de su torta de zanahoria y en mi cumpleaños de quince, al ver que Adrianita, con veinticinco años menos de edad y un cuerpo delgadísimo, tenía puesto su mismo vestido.

Cada una de sus muertes fue incomprendida. Como seguía respirando nadie le daba crédito.

Siempre volvía diciendo:

–Obtusos. No perciben la profundidad del alma.

Su última muerte fue un misterio. No se sabe por qué, una mañana de sol, habiendo florecido las *No me olvides* en los canteros, mientras el tío chiche pintaba un techo que ella tanto le había pedido que pintara, se fue definitivamente.

“Clínicamente muerta”. Ahora sí, médicos y familiares coincidieron en despedirla. Aceptamos.

–Tanto va el cantaro a la fuente... –dijo la abuela en el velorio.

–Nilda, no seas así –la retó el abuelo–. Pobre Angélica, hacía lo que podía.

Y me quedé meditando en poder y en querer.

Una vez le había preguntado:

–Tía, ¿cuándo vos te morís, pensás?

–Sí, chiquita. Yo aprovecho ese ratito para ver si vuelvo o no. Por ahora, siempre tuve ganas. Un día, cuando el mundo sea como yo quiero, me voy y chau.

Yo creo que la tía estaba tan contenta con sus muertes que vivió mientras le dieron ganas de morirse. Cuando se aburría de ese ir y venir, se quedó del otro lado. Siempre se las ingenió para lograr lo que quería.

